

---

**LOS PROBLEMAS DEL HOMBRE**

POR FRANCISCO LÓPEZ BAYGHEN

**PREÁMBULO**

*El solo hecho de pensar algo y expresarlo en unas líneas equivale a entrar en polémica con los demás. Y es que nadie tiene por forzosidad que estar de acuerdo con nosotros. Todos están en el derecho de tener sus propias ideas, toda vez que traten de explicar su concepción del mundo e intenten definir su posición frente a él. Pero esto es altamente positivo porque en el mundo actual con sus múltiples problemas, se impone una toma de conciencia y consecuentemente una toma de posición, quizá como pocas veces antes en la historia.*

*Tengamos en cuenta que de la manera de enfocar un problema dependerá la visión que de él se tenga y las perspectivas de su solución. Si lo escrito aquí provoca que cada quien haga sus propias reflexiones, consideraremos de alguna utilidad el presente trabajo.*

Los problemas del hombre no tienen solución —solución definitiva, permanente—. Si acaso se pueden encontrar soluciones transitorias, convencionales y condicionadas a las circunstancias inestables y variadas, que como hilos de tela tejen la intrincada maraña que es la realidad del hombre, de la sociedad, del mundo.

Y no puede ser de otro modo en un mundo que cambia, cuya única ley efectiva es la ley del cambio, pues lo único que no cambia es el cambio mismo. A problemas nuevos, soluciones siempre cambiantes.

Pero esto no se puede entender si no se comprende la dialéctica que es la posición filosófica desde la cual se ve la realidad contradictoria o sea, la contradicción dentro

de la realidad. En el conflicto entre la razón y la realidad, si la razón no comprende a la realidad peor para la razón; porque al mundo no lo podemos explicar conforme al modelo de nuestro pensamiento. El mundo es tal como es él y así debemos entenderlo. Vemos que una cosa es igual a sí misma sólo en un instante dado, porque al momento siguiente ya cambió. La realidad es dialéctica y nos impone sus contradicciones y el hombre tiene que comprenderlas antes de pensar en transformar el mundo.

No basta pensar la dialéctica, hay que asimilarla, es decir, comprenderla profundamente; no es una simple manera de pensar, sino una forma de vida, una manera de ser frente a la realidad del hombre, de la sociedad, de la naturaleza.

Fue Hegel quien descubrió la forma lógica para explicar el cambio en su famosa fórmula:

Tesis — Heterotesis o Antítesis — Síntesis

Mas esta síntesis, que no es otra cosa sino la forma de interpretar la realidad en un momento dado, pronto será la tesis a la cual se enfrentará una nueva antítesis para que surja otra reciente síntesis y así indefinidamente. ¿Cómo vamos, pues, a pretender encontrar soluciones definitivas a situaciones en perenne cambio?

Lo que efectivamente tenemos frente a nosotros es una problemática —cuerpo de problemas de diversa índole— que nos insta, nos urge a buscarle soluciones. Y el hombre que es un ser pensante no podrá permanecer indiferente, y se despertará en él una constante inquietud que lo moverá a resolver, en pensamiento y en obra, esas nuevas situaciones —o por lo menos a in-

tentarlo—, que son para él una invitación y un reto. Pero siempre las soluciones serán cambiantes, temporales, y así será hasta el fin de la vida de cada hombre como individuo y el término de la vida del hombre como género.

\* \* \*

Se dice que el hombre ahora está en crisis; pero esto no es exacto de modo absoluto. Está en crisis ahora y ha estado en crisis siempre. Negarlo sería un intento de anular su condición dialéctica.

Para ejemplificar tomemos una rama o territorio de la cultura, el arte. Se considera actualmente que el arte está en crisis, pero no sólo es así porque el que está en crisis es el hombre; el hombre con todos los valores que él mismo ha creado y en cuyo contexto el arte no es más que uno de los varios aspectos. Realmente a lo que asistimos ahora es a la desmitificación de la belleza tradicional.

Afirmamos que el hombre vive una crisis continua, considerando como crisis a una situación crítica o extrema, a la que se llega cada vez que las tensiones individuales o sociales alcanzan un grado máximo de tirantez, que acaba por romper el equilibrio, es decir, la estabilidad existente, lo cual exige un cambio inmediato; entonces se crea una nueva situación. Esto es la historia: la sucesión de las crisis humanas.

Por ello, la filosofía que es la reflexión más elevada que hace el hombre acerca de todas las cosas —creadas e increadas—, advierte que no pretende encontrar soluciones y que solamente plantea los problemas. Y con esto piensa que se hace bastante, que se ha cumplido una tarea y una función.

\* \* \*

Todo en el hombre es temporal y finito, él mismo lo es. Pero el hombre no quiere morir y para contrarrestar la transitoriedad de su vida ha inventado la religión y la filosofía. Con la filosofía se ayuda para escindir su ser en dos partes: una mortal y otra inmortal. La materia desaparece, pero su alma —inmaterial— supervive. Mas ¿a dónde va a parar esta alma? Para eso la religión lo auxilia creando dos mundos: éste, en el que vivimos por ahora y otro, el

del más allá. El actual es cambiante, transitorio, pero el otro, el de la vida ulterior es eterno e inmutable, por eso garantiza una vida también eterna.

Nada en el mundo actual es absoluto sino efímero y fugaz; sólo el otro mundo, el que nunca cambia y es infinito nos garantiza eternidad; para ello existe como ser garante, el único absoluto que es Dios. La idea de la inmortalidad del alma es la razón de ser de toda religión.

\* \* \*

La filosofía existencialista de nuestro tiempo sostiene que la esencia del hombre es su existencia. Y como tal existencia es pasajera, todo en él es relativo y para nada cuenta con valores absolutos; todo lo humano es histórico, es decir, transitorio, accidental, contingente —todo pudo haber sucedido de una manera o de otra.

La ciencia misma que creía en otro tiempo tener verdades duraderas ha acabado por admitir que todos los conocimientos están sujetos al cambio, que es el movimiento en el tiempo; sus verdades son históricas tal y como lo sostiene la posición filosófica de Dilthey que es el historicismo.

Mas no sólo los valores que el hombre mitifica son variables y se suceden en el tiempo, sino que lo son también las civilizaciones y las culturas todas. Esto equivale a decir que el cambio de raíz se opera en el interior del hombre mismo, pues lo que cambia en verdad es su actitud frente al mundo, su manera de concebir la existencia. Esto da lugar a que la historia se divida en las grandes etapas que conocemos: Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna.

En la Antigüedad el hombre y la naturaleza ocuparon los primeros planos y los dioses fueron colocados en un segundo plano del interés humano; así se explica el culto fundamental a la belleza del cuerpo y a la belleza natural. El espíritu del hombre fue libre y predominó sobre todas las cosas.

La Edad Media resultó de la revolución moral que provocó el cristianismo, ascético y abstencionista en cuanto a los placeres de la vida. El primer plano lo ocupó Dios y la existencia terrenal fue un mero tránsito que

sólo servía para hacer méritos y ganar un buen lugar en la vida de ultratumba. La filosofía y la ciencia fueron siervas de la religión; el hombre ya no fue libre y la belleza se situó en la divinidad y en todo lo que de ella emanaba. La misión del hombre fue servir a Dios en todas las formas posibles y en todos los momentos de su vida. La belleza corporal enaltecida por los griegos, pasó a ser pecado y vergüenza.

En la Edad Moderna, ese extraordinario suceso que fue el Renacimiento rehabilitó el espíritu del hombre; lo emancipó de la religión y los intereses humanos volvieron a ocupar el primer plano, casi a la manera griega. Tal fue la esencia de este movimiento bien llamado Humanismo.

Otra vez hubo libertad de pensamiento y las trabas que opuso la iglesia hasta entonces dominante fueron vencidas a la larga, tal como aconteció con la inquisición, vergüenza y desdoro de la humanidad. El espíritu ya libre retornó a ser creativo, pues sólo se puede crear en un ambiente de libertad; floreció la cultura en todos sus aspectos: la ciencia dio un Copérnico, un Galileo, un Kepler y finalmente un Newton. La filosofía produjo a Bacon y Descartes. Las artes dieron las escuelas italianas de pintura y escultura, y las escuelas flamenca y española. Las letras, a su vez, dieron las figuras máximas de Cervantes y Shakespeare. Todos estos avances, una vez vencido el miedo medieval, culminaron con la integración geográfica del planeta, hazaña magnífica que logró la navegación triunfante.

\* \* \*

Si hemos recurrido a los ejemplos anteriores es sólo para mencionar grandes hechos que ponen de manifiesto las posibilidades de cambio en el hombre y a la vez, sus capacidades. Cambios que muchas veces van de un extremo a otro, a grado tal que parece que cada vez surgiera un hombre nuevo o por lo menos muy distinto del anterior, pues todo en él revoluciona de una época a otra en ese suceder ininterrumpido que es la historia.

Ahora, saltemos de los hechos pasados a los presentes, aunque sea en un examen somero de lo que acontece en nuestra épo-

ca, precisamente en nuestros días. Todavía no salimos del azoro que nos ha causado la sucesión de revoluciones habidas en todos los campos, apenas mencionando la liberación de la energía nuclear por la desintegración del átomo y la conquista del espacio, como puntos sobresalientes de los avances de la física, que de esta manera nos hace pensar que quizá ahora sí podemos hablar de la situación del hombre en el cosmos, término que antes nos había parecido una pretensión absurda. Posiblemente nunca los cambios se hayan operado con tanta rapidez.

Observemos la serie de renovaciones que ha sufrido la vida del hombre: tal parece que pasaremos del individualismo en que estamos al colectivismo, lo cual significaría la transición a una nueva etapa histórica, que sería la cuarta, pues antes hemos dejado apuntadas tres: las correspondientes al hombre antiguo medieval y moderno.

En la Modernidad —del Renacimiento para acá— ha sido privativa la exaltación del valor del individuo por sobre la comunidad; ésta fue época de grandes individualidades que florecieron un tanto a la manera griega, volvemos a decir; lo cual equivale a considerar que el hombre moderno retornó al hombre antiguo.

Si retrocedemos un poco, en cambio, vemos que en la Edad Media, religión, mística, con su despreocupación por los intereses de este mundo, resaltaron muy pocos valores individuales predominando el colectivismo; se consideró al hombre como género creado por Dios, para servir a Dios y a fin de cuentas, para reunirse con El en otra vida. Además, teniendo en cuenta la existencia de los gremios formados por los artesanos en las ciudades y las comunidades de los siervos en el campo, consideramos a esta etapa como colectivista.

En consecuencia, una cuarta época en la concatenación histórica, correspondería a este mismo tipo de organización social, siguiendo el ritmo establecido por la alternancia entre individualismo y colectivismo.

\* \* \*

Las reflexiones anteriores nos llevan a la confrontación entre un tipo de sociedad que se ostenta como demócrata, capitalista

y cristiana —reducto del individualismo— y una sociedad comunista y supuestamente atea, con abolición de la propiedad privada y otras restricciones. Pero últimamente, las avanzadas del pensamiento contemporáneo empiezan a ver que ninguna de estas dos fórmulas socioeconómicas y políticas se acercan a la solución del bienestar humano. Entonces, urge plantear la necesidad de una tercera vía, que sin privar al hombre de sus libertades y derechos fundamentales, lleve a la sociedad a una distribución justa de la riqueza pública, pues juzgamos que no es posible que el mundo siga indefinidamente regido por el egoísmo de unos cuantos hombres, dentro de una sociedad plutocrática y oligárquica —que de democrata sólo tiene el nombre—, en detrimento de todos los demás.

El capitalismo trajo como consecuencia inevitable al imperialismo y las naciones más poderosas sojuzgaron a las más débiles, en lo político y económico; en el siglo actual asistimos a la liberación de muchos pueblos que rompieron su situación de colonias y ahora son países independientes, de lo que resulta una cantidad de nuevas naciones —asiáticas y africanas las más— que han modificado la geografía política del mundo, lo cual nos obliga con frecuencia a consultar mapas nuevos que consignan su situación.

\* \* \*

En cuanto a los cambios habidos en el orden moral, se han modificado tanto los costumbres que se ha roto lo que antes era considerado como digno y respetable. La revolución sexual, la artística, la habida en las modas, en los usos del baile y la música que le es propia, las publicaciones y espectáculos con el avance cada vez mayor de la llamada pornografía, en veces parecen constituir un reto a la honestidad y al sentido común tradicionales. Hasta la iglesia, que había representado el punto más alto del espíritu conservador, ha tenido que cambiar sus ritos y ceremonias, o sean las formas rutinarias de la liturgia; el culto religioso ha revolucionado para ponerse al día.

Volviendo los ojos hacia las manifestaciones artísticas a las que ya hemos aludido, hoy se habla de un antiarte, con un

antiteatro y una antiliteratura, así como de una antipintura y una antimúsica. Con esta desmitificación de la belleza tal y como la habíamos considerado hasta hace poco tiempo, se ha creado una estética de lo feo, es decir, una sensibilidad artística orientada hacia lo desagradable. Estas búsquedas de nuevas expresiones no son comprendidas ni gustadas por las mayorías, con lo cual resultan elitistas.

Y así en este devenir humano que nunca se detiene, surgen problemas nuevos. Ahora resulta que nuestra decantada civilización amenaza con ahogarse a sí misma. Los progresos habidos en la industrialización y el maquinismo con los desechos de su combustión envenenan el ambiente y crean el problema llamado contaminación. La explosión demográfica de estos últimos tiempos causa el desempleo y consecuentemente, la falta de alimentos ocasionando las hambrunas en los países más pobres.

La crisis de la familia merece atención especial. Esta institución que había constituido la base de la organización social, también parece derrumbarse; las parejas se avienen cada vez menos y las separaciones conyugales aumentan en forma alarmante. La familia, entonces, pierde su solidez, su estabilidad, y es sustituida por las uniones temporales, con el consiguiente problema de los hijos. Esto resulta de que el hombre no quiere perder su condición de macho dominador y a su vez, la mujer se siente emancipada, liberada, y no acepta recluírse en el hogar. Ya en una condición de paridad, si cada uno de los sexos ejerce su libertad plena, no es posible ni la institución matrimonio ni la institución familia. Hay países —entre los que se creen más avanzados— en que padres e hijos se estorban mutuamente para llevar cada quien una vida de completa libertad en cuanto a sus relaciones sexuales.

Tal pareciera que a la larga el hombre se empeñara en caminar hacia su propia destrucción, aunando a los problemas anteriores los recientes casos de la drogadicción, el alcoholismo y la violencia en todas sus formas. La agresividad y el terrorismo no son otra cosa que expresiones desesperadas de una situación social que ha llegado a ser insostenible. Las generaciones jó-

venes rechazan el "establishment" —lo establecido—, el sistema, al darse cuenta de que todo el edificio social se basa en la mentira, la hipocresía y la demagogia; aspiran, en cambio, a unas relaciones humanas en que priven la verdad, la sinceridad y la sencillez, lo cual equivaldría a remodelar el mundo.

\* \* \*

La idea de la muerte, de la finitud, de la temporalidad y la limitación en todos los aspectos de su vida, acompaña siempre al hombre, consciente o inconscientemente. Si el hombre no tuviera que morir enfocaría sus problemas de otro modo; su perentoriedad lo hace buscar soluciones pasajeras para problemas siempre transitorios, porque el principal problema del hombre es la vida misma.

Por lo contrario, si tuviera una vida estable y fija en su ser, para sus problemas buscaría soluciones permanentes y definitivas; podría hacer planes a plazo largo.

La idea de que todo lo que tiene principio tiene fin y de que esto sucede con la misma vida, condiciona por completo su conducta, la relativiza. Vive de prisa porque teme que el tiempo no le alcance para la realización de obras de mayor envergadura que las hechas hasta hoy; tiene conciencia de que la vida se le va de las manos, pues sabe que todos los días morimos un poco. Así lo sienten los verdaderos poetas y los filósofos, todos los que escudriñan lo que de más profundo hay en la existencia, los que llegan a la verdadera raíz del hombre.

Sólo tenemos una vida y hay que vivirla plenamente. Hay que enriquecerla con toda clase de experiencias posibles, de acuerdo con el plan de vida que cada quien se trace. Cada hombre debe tender a realizarse en cuanto a sus aspiraciones auténticas y legítimas, a encontrarse a sí mismo y desarrollar todas sus capacidades en una actividad que siempre tienda a ser creativa, sin descuidar su proyección social. No puede uno pasarse el tiempo buscando el sentido de la vida porque tal sentido consiste en vivirla.

La actitud contraria sería la de considerar que si la vida es una serie ininterrum-

pida de cambios y conflictos en complejidad creciente, y no se quisiera hacer frente a tal situación, acaso tendríamos que pensar que la muerte sería la única solución de todos los problemas humanos.

\* \* \*

¿Hacia dónde vamos los hombres? ¿Hacia dónde va el mundo? Nadie lo sabe. Por ahora no hay quien se atreva a hacer vaticinios sobre el futuro del mundo. No ha mucho tiempo algunos escritores y pensadores aventuraban conjeturas acerca del mañana, y aunque ahora ha surgido una nueva especialidad, la de los politólogos, ninguno de ellos se siente en la posibilidad de hacer predicciones en serio, ni siquiera inmediatas, menos aún mediatas.

¿Qué vendrá, pues, una sociedad comunista según los modelos ruso o chino, o un estado corporativo, o se prolongará por mucho tiempo la sociedad capitalista según el modelo norteamericano, o bien, considerando el problema dialécticamente, surgirá un tercer tipo de sociedad que tome lo bueno de cada uno de los modelos existentes? Por ahora sólo se puede plantear el problema, pero ¿cuál será la solución?

El tiempo lo dirá.

#### NOTAS APENDICULARES

1. *El problema del cambio.*—El punto de partida del pensamiento occidental, como todos lo sabemos, fue Grecia. Allí nacieron las reflexiones científicas y filosóficas, tal y como las entendemos hoy, aunque en sus orígenes sólo existió una sola dirección, la filosofía (amor a la sabiduría) que fue la primera especulación sistemática para conocer a la naturaleza y al hombre. Los griegos se negaron a reconocer el cambio en las cosas, aduciendo que no podían tener un conocimiento exacto y cabal acerca de un mundo que por estar en transformación continua, no está fijo en su ser y no tiene permanencia. Así nació la metafísica con Parménides que fue su creador. La metafísica es una concepción estática del mundo, pues al negar el cambio también negaba el movimiento. Para tal metafísica todo lo que cambia y se mueve no era real sino aparente, fenoménico; entonces, los filósofos griegos pensaron que detrás de las cosas que veían y que eran mera apariencia

—engaño, ficción, ilusión de los sentidos—, había otro mundo oculto para los sentidos, pero capaz de ser conocido por la razón y por tanto, ese mundo era la verdadera realidad por ser inmutable e intemporal.—Los griegos forjaron grandes construcciones racionales para explicarse la naturaleza de las cosas. Platón llevó la metafísica a su máxima expresión al escindir el mundo en dos: el mundo de las Ideas o esencias —topos uranos— formado por los arquetipos ideales de las cosas, y otro mundo, el de las cosas sensibles, las que conocemos a través de los sentidos. Sólo el primero de éstos era verdadero.—Después vino Aristóteles y destruyó los dos mundos de su maestro para formar uno solo, el que vemos y palpamos; sólo que para él cada una de las cosas tenía dos partes: la *substancia* que era la parte de debajo (sub-estare), estable, permanente, y el *accidente*, la parte que cambiaba con el tiempo.—Sólo Heráclito, como una excepción de esta manera de pensar, concibió el cambio y el movimiento —el devenir— al decir que nadie se baña dos veces en la misma agua de un río. Del mismo modo, entrevió la existencia de opuestos que luchan entre sí, llegando finalmente a armonizar entre ellos. Esto vendría a ser un anticipo en la concepción dialéctica del mundo.—Otra razón por la que los griegos negaban el movimiento —entre ellos Zenón discípulo de Parménides— es que no lo podían explicar matemáticamente, por carecer de elementos. Esta explicación sólo fue posible hasta que Leibniz, en el Renacimiento, inventó el cálculo infinitesimal.—Las concepciones metafísicas predominan en la filosofía hasta que Hegel propuso la forma dialéctica para explicar la contradicción entre los opuestos, y la síntesis que resulta de ellos. Así se estableció un puente entre el pensamiento del Heráclito (s. VI a.J) y el de Hegel (s. XIX d.J). Con este paso, a fin de cuentas, fue admitido el cambio que se opera en las cosas, y las cosas mismas como procesos de transformación, por la filosofía dialéctica.

2. *La lógica del cambio.*—La lógica como ciencia fue instituida por Aristóteles, quien la llamó "Organon" que significa instrumento. Y eso es en efecto, un instrumento al servicio de la investigación que realizan las

otras ciencias, ya que ella en sí misma no tiene una finalidad concreta. Su función es la de establecer un criterio de certidumbre en toda afirmación que se hace, ya sea científica o bien, referida a un hecho común.—La lógica se define como la ciencia que estudia los pensamientos en cuanto tales, es decir, como puros pensamientos, para determinar la verdad o falsedad contenida en ellos. Pero estos pensamientos hacen necesaria referencia a la realidad de los hechos y las cosas; se usa para el examen de tales pensamientos, el análisis primero y la síntesis después. Para ello la lógica cuenta con sus leyes, llamadas principios lógicos supremos, que fijan las condiciones que deben reunir los pensamientos —conceptos, juicios y razonamientos— para ser verdaderos.—Entre estos principios figuran el de *identidad* y el de *no contradicción*, que más bien que lógicos resultan principios ontológicos.—En la lógica tradicional el principio de identidad establece que *todo objeto es idéntico a sí mismo*; y el principio de no contradicción dice que *ningún objeto puede ser y no ser al mismo tiempo*. Ahora bien, sabemos que toda cosa es igual a sí misma, pero sólo en un momento dado porque en el momento que sigue ya cambió; y en ese cambio habido precisamente entre lo que era antes y lo que es ahora, está la contradicción. Una cosa no puede ser de un modo y de otro al mismo tiempo; luego, del modo que sí es, tiene que ser idéntica a sí misma, pero sólo en un momento de su existencia. El ser de un modo antes y de otro después, es el cambio que sufren todas las cosas en el transcurso del tiempo.—Entonces, para poder pensar en una realidad que cambia, que es contradictoria —dialéctica—, necesitamos de una lógica que sí admita la contradicción, que también sea dialéctica. De lo anterior se desprende que el segundo de estos principios ontológicos más que lógicos, ya está implícito en el primero, pues al ser igual a sí misma una cosa, no puede ser diferente al mismo tiempo.—En lugar de figurar en la lógica la *no contradicción*, debe figurar la *diversidad*, dialécticamente hablando; porque ¿cómo podríamos explicar la realidad usando como instrumento racional una lógica basada en el principio de no contradicción?